

que iba acercándose el momento en que se iba á restablecer la monarquía.

Y no solo se hacia oposicion al gobierno en los cuerpos del estado, sino en el ejército, pues aun cuando éste en masa, ni mas ni menos que la nacion, apreciaba debidamente los grandes resultados conseguidos de dos años á aquella parte, y era enteramente adicto al primer consul, habia no obstante, entre los gefes algunos descontentos, unos por sinceridad de sentimientos, y otros solamente por envidia. A los primeros pertenecian los revolucionarios de buena fé, que veian con pesar el regreso de los emigrados, y que pronto tendrian que ir á lucir sus uniformes á las iglesias; y á los segundos, á los que no podian llevar en paciencia que un igual suyo quisiera convertirse ea soberano, despues de aventajarles en gloria. Por lo demas, aquellos eran en su mayor parte del ejército de Italia, el cual habia sido siempre francamente revolucionario, y estos del ejército del Rhin, tranquilo y moderado, pero algo envidioso.

Como los gefes del ejército de Italia, adictos en lo general al primer consul, pero exaltados en sus opiniones, no querian mucho á los sacerdotes y á los emigrados, se quejaban de que quisieran convertirlos en eclesiásticos, y esto lo decian en el language original y algo picante de los soldados, siendo Augereau y Lannes, tan malos políticos, como heróicos guerreros, especialmente el segundo, los que mas se propasaban. Lannes, que llegó á mandar en gefe la guardia consular, manejaba los fondos de este cuerpo con una prodigalidad, no solo conocida del primer cónsul

sino autorizada por él, y en el magnifico palacio donde estaba alojado el estado mayor de dicha guardia, Lannes tenia mesa franca para todos sus camaradas, permitiéndose en aquellos festines soldadescos mil invectivas contra la marcha del gobierno francés. No era de temer recibiese alteracion el afecto que los soldados tenian al primer consul, pues estaba seguro de que en cualquiera ocasion podria contar con todos ellos, incluso el mismo Lannes; pero como era arriesgado dejar que se acalorasen mas y mas aquellas cabezas y se desatáran sus lenguas, llamó á Lannes para hablarle con firmeza. Acostumbrado esté á tratar con suma familiaridad á su general en gefe, se propasó algun tanto; pero el primer consul le reprimió con su calma y su aire de superioridad, de suerte que Lannes salió pesaroso de lo que habia hecho, cometiendo una falta, y esponiéndose á tener que arrostrar el descontento del árbitro de los destinos de Francia. Por un impulso de honrosa susceptibilidad, quiso pagar lo que habia tomado de la guardia con consentimiento del primer consul; pero á pesar de que habia estado tanto tiempo en la guerra de Italia, casi nada poseia. Augereau, tan falto de reflexion como él, pero dotado de un corazon escelente, le prestó una cantidad que constituia todo su haber, y le dijo: «Toma este dinero, vé en busca de ese ingrato por quien hemos derramado nuestra sangre, devuélvele lo que falta en la caja, y con eso nada le deberemos.»—El primer consul no permitió á sus antiguos compañeros de armas, niños por decirlo asi, á pesar de ser unos héroes, que se emancipasen de su cariño, y los separó, en-

viando á Lannes á la embajada de Portugal, arreglo que corrió á cargo del consul Cambaceres; y mandando á Augereau que se volviese á su ejército y tuviese mas circunspeccion en lo sucesivo.

Sin embargo, estas escenas, exageradas por la malevolencia que las propagaba desfigurándolas, causaban malísimo efecto en la opinion pública, especialmente en las provincias, y aun cuando lejos de desaprobá la conducta del primer consul todos decian que él tenia la razon, sembraban la alarma por do quiera despertando el temor de que se suscitáran graves dificultades contra el poder, por cuyo establecimiento se abogaba (1).

Las escenas habidas con los oficiales del ejército de Italia, eran como las reyertas entre amigos, que riñen hoy para darse un abrazo al día siguiente. Mas serias y rencorosas fueron las ocurridas con los generales del Rhin, pues desgraciadamente empezaba á estallar una division

(1) Hé aquí el pasage de una carta de Mr. de Talleyrand, quien algun tiempo despues se trasladó á Leon para organizar la consulta italiana.

LEON 7 de nivoso año X; (23 de diciembre de 1801.)

MI GENERAL:

Tengo la honra de noticiaros mi llegada á Leon hoy á la una y media de la madrugada, y deciros entre otras cosas que el camino de Borgoña, esceptuando seis ú ocho leguas no es muy malo, y que los prefectos situados en esta línea de comunicacion, se han aprovechado del impulso de entusiasmo que esparce la esperanza de que paseis pronto por aquí para hacer que se sigan

funesta entre el general en gefe del ejército de Italia y el del Rhin, asi como entre el general Bonaparte y el general Moreau.

Este general, desde la campaña de Austria, cuyo buen éxito debia, á lo menos en parte, al primer consul que le dió el mando del ejército mas brillante de Francia, pasaba por el segundo general de la República. En el fondo todos sabian hasta donde llegaba su valia, es decir, que era un hombre de mediano talento, incapaz de entrar en grandes combinaciones, y enteramente falto de genio político; pero fundábanse en sus cualidades de general entendido, prudente y vigoroso, para convertirle en un capitán eminente y capaz de hacer frente al vencedor de Italia y de Egipto. Como los partidos tienen un maravilloso instinto para descubrir las debilidades de los hombres eminentes, los adulan ó les ofenden alternativamente, segun lo creen oportuno, hasta que encuentran el flaco por donde pueden penetrar hasta su corazon para introducir en él su vene-

con actividad los trabajos que tienen por objeto reparar los caminos. En todas partes donde he encontrado pueblos ó algunas viviendas he oido gritar *viva Bonaparte!* y durante las últimas diez leguas que he andado de noche, salian á recibirme con luces repitiendo las mismas palabras, pues esta es una espresion de cariño que estais destinado á oír constantemente.

La historia del general Lannes se ha divulgado por todas partes: el subprefecto de Autun y un ciudadano de Avallon, me han hablado de ella, aunque con circunstancias diferentes, que las cartas de París les habian referido como anécdotas. Esto me ha vuelto á proporcionar la ocasion de observar hasta qué punto ocupa la atencion pública en Francia todo cuanto se refiere á vuestra persona.

no, no tardaron en encontrar la parte flaca de Moreau, esto es, la vanidad. Entonces á fuerza de lisongear su amor propio, le inspiraron contra el primer consul una envidia fatal que debia perderle algun dia, y como para colmo de desgracia acababa Moreau de contraer un matrimonio que contribuyó á arrojarle en aquel camino funesto, pues las mugeres de las dos familias de Bonaparte y Moreau se hallaban indispuestas por esas frivolidades que indisponen á las mugeres unas con otras, la familia de Moreau hacia esfuerzos para persuadirle que debia ser el primero y no el segundo; que el general Bonaparte no le miraba con buenos ojos, y que procuraba rebajarle obligándole á hacer un papel secundario. Moreau, que no era hombre de caracter dió oídos á aquellas peligrosas sugeriones. El primer consul de nada tenia que acusarse respecto de él; por el contrario le habia colmado de distinciones de todo género, hablando de él en términos mas satisfactorios que merecía el concepto que de él habia formado, sobre todo á proposito de la batalla de Hohenlinden, que proclamabapúblicamente como una obra maestra del arte militar, mientras que en secreto la miraba mas bien como hija de una buena fortuna que como una combinacion sabiamente calculada, y tratándole en fin con miramientos estudiados, porque conocia sus flaquezas y sabia todo el partido que podrian sacar del menor descuido para con él. Empero así que Moreau cometió los primeros agravios no quiso quedarse atrás, y con la prontitud natural de su caracter los igualó bien pronto: así es que un dia que el primer consul trató de que le acompañase á una

revista, Moreau se negó á ello por no ir confundido en el estado mayor del primer consul y dió por disculpa que no tenia caballo. Ofendido con esta negativa el primer consul, no tardó en tomar la rebancha con motivo de uno de esos banquetes que ya hemos dicho acostumbraba á dar, y á los cuales concurrían todos los empleados de elevada categoria. Moreau se hallaba en el campo, pero volvió la vispera para cierto asunto y fué á ver al consul Cambaceres á fin de conferenciar con él acerca del objeto que le llevaba á Paris: este que siempre estaba ocupado en conciliar los ánimos, recibió á Moreau lo mejor que pudo y corrió á anunciar su llegada al primer consul instándole vivamente á que convidase al general en jefe del ejército del Rhin al banquete dispuesto para el dia siguiente, pero el primer consul respondió: Me ha desairado públicamente y no me espondré á que me vuelva á desairar. Nada bastó á convencerle, y mientras que al otro dia se hallaban en las Tullerías sentados á la mesa del primer consul todos los generales y altos empleados de la República, Moreau se vengó de que no hubiesen hecho caso de él, yendo á comer públicamente, y vestido de paisano á una de las fondas mas acreditadas de la capital en compañía de varios oficiales descontentos; hecho que fué muy notado y produjo un efecto lamentable en la opinion.

Desde aquel dia, es decir, desde el otoño de 1801, los generales Bonaparte y Moreau se trataron mutuamente con la mayor frialdad; frialdad de que se aprovecharon los partidos hostiles para exaltar al general Moreau á costa del general Bonaparte, procurando envenenar con la ponzoña del

odio aquellos dos corazones. Estos detalles parecerán quizá no muy adecuados á la dignidad de la historia, pero todo cuanto sirve á dar á conocer á los hombres, y aun las deplorables pequeñeces de los mas eminentes, es digno de la historia; porque todo lo que puede instruir le pertenece. Además, siempre es bueno advertir á los personajes de importancia que no deben indisponerse por motivos que nada valen, sobre todo cuando sus dimensiones llegan á ser las de la patria.

La apertura de la sesion del año 10 se verificó el 4.º de frimario (22 de de noviembre de 1801) conforme á lo prevenido en la constitucion, y seguramente que si hay un gobierno que pueda jactarse de haberse presentado de un modo digno en una asamblea legislativa ese gobierno es el consular. Celebrada la paz con Rusia, Inglaterra, las potencias italianas y alemanas, Portugal, y la Puerta, habia que someter á la aprobacion de la asamblea todos esos tratados favorables para nuestro pais; y además, habia un proyecto de conciliacion con la iglesia que ponía término á los desórdenes religiosos, y que á pesar de que reformaba la iglesia francesa con arreglo á los principios de la revolucion, era del agrado de los ortodoxos, quienes venian á aprobar las consecuencias de esa misma revolucion; un código civil, monumento que después causó la admiracion del mundo entero, leyes sumamente útiles sobre instruccion pública, la legion de honor; y otra infinidad de materias á cual mas importantes, y proyectos rentísticos que equilibraban completamente los gastos con los ingresos del estado: ¿qué conjunto mas completo ni extraordinario podia

ofrecerse á una nacion? Sin embargo todas estas cosas fueron como vamos á ver, muy mal recibidas.

Abrióse la sesion del Cuerpo legislativo con cierta solemnidad, siendo el ministro de lo interior el encargado de presidir la apertura, y de una y otra parte mediaron algunos discursos de puro aparato, con arreglo á las formas puestas en uso en Inglaterra cuando se abre por comision el parlamento. Aquel moderno ceremonial tomado de una monarquía constitucional, no dejó de escitar la crítica entre los miembros de la oposicion, y cuando quedaron constituidos el Tribunado y el Cuerpo legislativo dióse principio á la eleccion de personas, eleccion en que las asambleas revelan sus sentimientos secretos. El Cuerpo legislativo nombró para presidente á Mr. Dupuis, autor de la obra famosa *Sobre el origen de todos los cultos*. Mr. Dupuis no era tan encarnizado en su oposicion como su obra hubiera podido hacer creer, pues confesó al primer consul en una conferencia que tuvo con él, que la reconciliacion con Roma era necesaria; pero su nombre significaba mucho siendo como era el concordato uno de los principales motivos de queja que se alegaba contra la politica consular; y como era facil comprender la intencion que abrigaban, no se escapó al público, sobre todo al primer consul, que llegó hasta exagerarse su importancia.

Constituidas las dos asambleas que egercian el poder de hacer las leyes, es decir, el Tribunado y el Cuerpo legislativo, tres consejeros de estado presentaron un informe acerca de la situacion en que se hallaba la República. Este informe que

dictó el primer consul, era sencillo y noble en su lenguaje y magnifico en sus ideas: por lo cual causó gran efecto en la opinion pública. Al dia siguiente una comision de varios consejeros presentó á la asamblea una série de proyectos de ley que muy rara vez presenta ningun gobierno á un mismo tiempo á las cámaras; como que eran, como ya hemos dicho los tratados con Rusia, Baviera, Nápoles, Portugal, América y la Puerta Otomana. El tratado celebrado con Inglaterra, con el nombre de tratado preliminar de paz, iba á adquirir en el congreso de Amiens la forma de tratado definitivo, y no podia ser presentado aun al Cuerpo legislativo; y por lo que hace al concordato no queria el gobierno esponerlo tan pronto á la mala voluntad de los individuos de la oposicion. En seguida leyó el consejero de estado Portalis un discurso que se ha hecho célebre sobre la totalidad del código civil, y otros tres consejeros presentaron los tres primeros titulos de ese código en que se hablaba *del modo con que debian ser publicadas las leyes, del goce y privacion de los derechos civiles y de los actos del estado civil.*

Parecia que semejante programa de trabajos legislativos, debia echar por tierra cualquiera oposicion; sin embargo, no fué así, pues cuando siguiendo la costumbre, se dió cuenta al Tribunal de aquellos proyectos, la comunicacion en que se hablaba del tratado con Rusia, suscitó la escena mas violenta que puede darse. El artículo 3.º de este tratado contenia una estipulacion importante á que ambos gobiernos apelaron para preservarse de los manejos secretos que pudieran poner en juego uno contra otro, caso de que abri-

gáran mala voluntad. Decia el mencionado artículo: *que no permitirían que ninguno de sus súbditos mantuviese correspondencia, sea directa ó indirectamente, con los enemigos interiores del gobierno actual de ambos estados, que propagasen en ellos principios contrarios á sus respectivas constituciones, ó que fomentasen el desorden.* Para estipular esto, tuvo presente el gobierno francés la conducta de los emigrados, y el ruso la de los polacos; y era muy natural semejante precaucion, sobre todo para nuestro gobierno, que tenia que temer y vigilar á los Borbones. Al calificar á los individuos que pudieran atentar al reposo comun de ambos paises, se usó en el tratado la palabra que naturalmente se presentaba como la que se usaba con mas frecuencia en el lenguaje diplomático, esto es, *súbditos*; y lo hicieron sin intencion alguna, porque es la palabra que comunmente se emplea en los tratados, porque lo mismo se dice *súbditos* de una república que *súbditos* de una monarquía. Sin embargo, apenas se acabó de leer el tratado, pidió la palabra el tribuno Thibaut, miembro de la oposicion, y dijo:—En el testo de ese tratado se ha deslizado una espresion que no podemos admitir en nuestro idioma, ni debemos dejar que corra libremente: hablo de la palabra *súbditos*, aplicada como se aplica á los ciudadanos de uno de los dos estados, pues en una república no hay súbditos sino ciudadanos. Sin duda nacerá de alguna equivocacion cometida al tiempo de estender el tratado; pero es indispensable que se deshaga. Estas palabras produjeron vivisima agitacion, como sucede siempre en una asamblea conmovida de antemano, que espera algun

suceso de gravedad, y que se estremece por cualquier circunstancia, por muy leve que sea, como tenga relacion con lo que trae inquietos los ánimos; pero por fortuna cortó el presidente la discusion que iba á promoverse, diciendo que no habiéndose abierto la discusion, debian guardarse las observaciones para el dia en que presentado el dictámen de la comision, pudiera ser discutido. Gracias á esta invocacion del reglamento se logró que por entonces no estallase el tumulto, procediéndose, en seguida al nombramiento de comision.

Las palabras del tribuno aumentaron la agitación que ya reinaba en los grandes cuerpos del estado é irritaron mas y mas al primer consul. Entretanto continuó manifestándose la oposicion por medio de las elecciones de personas. Habia en el Senado varias plazas vacantes, una por muerte de Crassous, y otras dos que debian ser provistas en virtud de la constitucion, con arreglo á la cual, solo se proveyeron en un principio, como ya recordaremos, sesenta plazas de senadores, de las ochenta que componian el número total de que constaba el Senado. Para completar este número, por espacio de diez años debian nombrarse dos en cada uno de ellos, y de consiguiente habia en aquel momento tres plazas que dar, contando, segun hemos dicho ya, la que vacó por muerte de Crassous, debiendo presentar un candidato el primer consul, otro el Cuerpo legislativo y otro el Tribunado, para que el Senado eligiese entre los tres al que tuviera por conveniente, todo con arreglo á la misma constitucion.

Dióse principio á los escrutinios, tanto en el

Cuerpo legislativo como en el Tribunado, donde la oposicion (la de este último cuerpo) proponia á Mr. Dannou, que se habia malquistado públicamente con el primer consul con motivo de los tribunales especiales, tan discutidos en la última legislatura. Desde entonces no quiso volver á presentarse en el Tribunado, diciendo que *mientras durase la tirania*, no tomaria parte en los trabajos legislativos; y efectivamente cumplió su palabra, por lo cual le escogieron los miembros de la oposicion, para dar en rostro con semejante nombramiento al primer consul. Los partidarios que el gobierno tenia en dicho cuerpo pusieron las mientes en Mr. Bigot de Preameneu, uno de los autores del código civil; pero ni uno ni otro triunfó, pues obtuvo mayoría de votos un candidato sin significacion, el tribuno Desmeuniers, personage moderado y que tenia algunas relaciones con el primer consul. Mas resuelto y franco se mostró el Cuerpo legislativo, pues mientras Mr. Bigot de Preameneu, soloreunió la quinta parte de votos, él nombró al abate Gregorio por su candidato en el Senado, nombramiento que despues de la presidencia conferida á Mr. Dupuis era un amago y no pequeño contra el concordato.

Por su parte el primer consul queria hacer una proposicion significativa, para lo cual pudo esperar que los dos cuerpos encargados de presentar candidatos en union con el poder ejecutivo, eligiesen esos candidatos para las plazas vacantes aun. Era probable que como el Cuerpo legislativo y el Tribunado no querian quebrar definitivamente con un gobierno tan popular como el del primer con-

aul, y se hallaban por otra parte entregados á ese movimiento oscilatorio que hace que las asambleas retrocedan al día siguiente cuando avanzan demasiado la víspera, harían una elección que no disonase tanto y aun admitirían por candidatos, para los dos restantes nombramientos, persona que pudiera admitir el gobierno. De este modo el primer consul podría admitir, por ejemplo, á Mr. Desmeuniers porque había ofrecido darle la plaza de Senador en premio á sus servicios, y siendo como era probable que saliese de alguno de los escrutinios del Cuerpo legislativo ó del Tribunalado el nombre de Mr. Bigot de Preameneu, el primer consul podría presentar por su cuenta á los candidatos que mas le conviniesen entre los en que hubiesen pensado aquellas dos asambleas, siendo casi seguro que en este caso aceptaría la mayoría del Senado un nombre presentado por dos de las tres autoridades en que se dividía el gobierno de Francia. Esta era la conducta que según el consul Cambaceres debía seguirse, pero además de que estos manejos eran muy conocidos, pues se acudia á ellos con frecuencia en el gobierno representativo, causaban gran repugnancia al primer consul, pues el general magistrado, extraño como era á aquella forma de gobierno, no quería colocarse en segunda línea esperando que el Cuerpo legislativo ó el Tribunalado manifestasen las personas que eran de su agrado para manifestar él aquellas á quienes prefería. En consecuencia presentó inmediatamente, no un candidato, sino tres á un mismo tiempo eligiendo á tres generales. A pesar de las esperanzas que dió anteriormente á Mr. Desmeuniers le dejó á un lado, porque no había

espresado su modo de pensar con franqueza en las discusiones ya entabladas acerca del código civil, y presentó á los generales Jourdan, Lamartilliere y Berruyer, perfectamente adecuados á las circunstancias. El general Jourdan fué contrario, según parecía al 48 de brumario, pero todos le miraban con respeto, y como se condujo después con prudencia recibió el gobierno del Piamonte, de suerte que presentándole el primer consul al Senado daba pruebas de la verdadera imparcialidad que tanto conviene al que se halla al frente de los negocios en un país. En cuanto al general Lamartilliere era el oficial mas antiguo de artillería, y se había hallado en todas las campañas de la revolución, y el general Berruyer era un oficial de infantería muy anciano, que después de tomar parte en la guerra de siete años, acababa de ser herido en los ejércitos de la República. No eran pues, hechuras suyas las que el general Bonaparte proponía, sino hombres que habían encanecido sirviendo á Francia en todos los sistemas de gobierno porque había pasado, y si se adoptaba aquella conducta noble y contemporizadora no podía hacerse una elección mas digna. Lo más singular es que esto, ó cosa parecida, se dijo en el preámbulo cuyo sentido significaba mucho; como que el gobierno se espresaba así dirigiéndose al Senado: «La paz que disfrutamos la debemos á la sangre que los generales han vertido en cien batallas; probadles pues, llamándolos á vuestro seno, que la patria no es ingrata para con ellos.»

Reunido el Senado, pusieron en juego mil intrigas, siendo uno de los que se asoció á ellas Mr. Sieyes, que por lo regular vivía en el campo,

y lo dejó por aquel motivo. Gracias á esas intrigas lograron atraer á muchos hombres cándidos y bondadosos, como por ejemplo, el anciano Kellermann, diciéndoles para conseguir su objeto, que si daban la preferencia á su candidato, el Cuerpo legislativo propondría para la segunda plaza vacante al general Lamartilliere, uno de los tres candidatos del primer consul, y que con eso se daría gusto á un mismo tiempo al Cuerpo legislativo y al gobierno. Estos manejos produjeron el resultado que esperaban, y el abate Gregorio fué elegido senador por gran mayoría de votos.

Mientras que las elecciones traían agitados los ánimos y causaban gran regocijo á los miembros de la oposicion, iban tomando un carácter sensible, las discusiones que tenían lugar en el Cuerpo legislativo. La comision del Tribunado que se nombró para que examinase el tratado celebrado con Rusia, andaba dividida acerca de la palabra *súbditos*, y Mr. Costaz, secretario de dicha comision, pidió esplicaciones al gobierno. Recibióle el primer consul esplicándole el sentido del artículo tan atacado, dándole á conocer el motivo de haberse insertado en el tratado, probándole en cuanto á la palabra *súbditos*, con el Diccionario de la Academia en la mano, que esta palabra empleada en estilo diplomático lo mismo se aplicaba á los ciudadanos de una república que á los de una monarquía, y aun contándole para acabar de convencerle diversos detalles acerca de las relaciones que mediaban entre Francia y Rusia tocante á los emigrados. Mr. Costaz rendido á la evidencia de aquellas esplicaciones presentó un informe favorable al artículo

en cuestion, pero intimidado por la violencia del cuerpo á que pertenecía censuró el uso que se había hecho de la palabra *súbditos*, y contó las cosas con tal torpeza que cualquiera hubiese dicho que al frente de Rusia se hallaba un gobierno débil que entregaba los emigrados al primer consul, y en Francia un gobierno cruel que perseguía á estos allá en el albergue que se había refugiado por muy lejano que fuese. Es decir, que como siempre sucede á los hombres circunspectos que quieren contemplar á todos los partidos á un mismo tiempo, lo que hizo Mr. Costaz fué disgustar á los miembros de la oposicion y al primer consul á quien comprometía con Rusia.

Cuando llegó el día de la discusion, esto es, el 7 de diciembre de 1801 (16 de frimario), pidió el tribuno Jard-Panvilliers que se discutiese el asunto en sesion secreta, proposicion muy prudente que fué adoptada, y así que los tribunos se vieron libres de la presencia del público el cual no les era nada favorable, se entregaron á arrebatos increíbles. Querian nada menos que desechár el tratado y proponer al Cuerpo legislativo que hiciese lo mismo, y si alguna vez ha habido una locura que merezca castigo, seguramente era esta pues rechazar un tratado semejante que había costado tanto tiempo y que aseguraba la paz con la primera potencia del continente, rechazarlo decimos, por una palabra además de exacta completamente inocente, era portarse como unos locos y furiosos. MM. Chenier y Benjamin Constant prorrumpieron en violentas declamaciones, llegando el primero hasta á manifestar que tenía que decir cosas muy importantes acerca de aque-



la cuestion, pero que solo las diria en sesion pública para que las supiese la Francia entera. Hubo quien le respondiese que mas valia empezar por comunicarlas á sus mismos cólegas, pero persistió en su silencio, y un tribuno desconocido, sencillo en su modo de esplicarse y que demostró tener muy buen discernimiento, pronunció una corta allocucion que devolvió la calma á los ánimos sobradamente conmovidos.—No entiendo una palabra, dijo, de diplomácia ni conozco el idioma, pero veo que el documento que analizamos es un tratado de paz, y como tal, esto es, como una cosa preciosa, es preciso que lo aprobemos cualesquiera que sean las palabras que contenga. Podeis creer que Francia no os perdonaria lo desechaseis, y que seria terrible la responsabilidad que pesaria sobre vosotros, por lo qual pido que se acabe esta discusion, que la sesion vuelva á ser pública y votemos inmediatamente el tratado.—Despues de estas cortas palabras pronunciadas con tranquilidad y llaneza, iba á procederse á la votacion cuando uno de los que se oponian al tratado, pidió se suspendiese la discusion, merced á lo avanzado de la hora, y así se acordó. Al dia siguiente fué el tumulto tan grande como la vispera, pues Benjamin Constant pronunció un discurso que llevaba escrito, muy estenso é ingenioso, y Mr. Chenier volvió á entregarse á sus declamaciones de costumbre diciendo que por no ser *súbditos* habian muerto cinco millones de franceses, y que esta palabra debia permanecer sepultada en las ruinas de la Bastilla. Cansada de estas violencias la mayoría, iba á poner término á ellas cuando llegó una carta del consejero

de estado, Fleurieu para Mr. Costaz secretario de la comision, y que dió el carácter de oficiales á las esplicaciones que contenia su informe, indicando que venian del primer consul. Muchos miembros le dijeron que probase terminantemente que era cierto lo que daba á entender, y entonces se dirigió á Mr. Fleurieu que era el consejero de estado, encargado de defender el proyecto, y éste, autorizado por el primer consul envió una declaracion escrita, rectificando al mismo tiempo las inexactitudes que Mr. Costaz cometió en su informe, todo lo cual reanimó el debate, hasta que al fin lo terminó Mr. Ginguené con una proposicion epigramática y poco parlamentaria. Conociendo que era difícil desechar un tratado de paz por solo una palabra, pidió se emitiese un voto motivado en estos términos: «Por amor á la paz aprueba el Tribunado el tratado celebrado entre Francia y la corte de Rusia.»

Mr. de Girardin que era uno de los miembros mas comedidos y de mas talento del Tribunado, hizo que éste desechase todas aquellas proposiciones, y decidió á la asamblea á que pasase inmediatamente á la votacion. Así como así la mayoría del Tribunado queria, eligiendo personas que desaprobasen la conducta del primer consul dar á entender á éste que no estaba muy contenta, pero no deseaba entrar en lucha abierta con él, sobre todo á propósito de un tratado que podia atraer sobre ella la animaversion pública si lo desechaba, por manera que fué aprobado por setenta y siete votos contra catorce, siéndolo despues sin alboroto en el Cuerpo legislativo, gracias á la forma en que este cuerpo estaba constituido

Aquella escena causó en París un efecto lastimoso, pues todos creían que el primer consul no debía ser como un ministro, que se viese espuesto á cada instante á perder la mayoría, y por cuya existencia política hubiera que temerse. Considerábasele como cien veces mas necesario que un rey en una monarquía, pero veían con pena el menor asomo de nuevos desordenes, y los amigos de una libertad prudente y racional, se preguntaban mutuamente en qué vendría á parar semejante lucha si se prolongaba, con una constitucion que no conferia el poder de disolucion.

Efectivamente, si hubiese podido disolver la asamblea, muy pronto estaba cortada la dificultad, pues convocada Francia á nuevas elecciones no elegiria ni a uno solo de los adversarios del gobierno; pero obligados como lo estaban los poderes públicos á vivir juntos hasta no haberse renovado por quintas partes, se hallaban espuestos como en tiempo del Directorio á apelar á medios violentos, y si tal cosa sucedia, no quedaria la victoria seguramente ni por el Tribunado ni por el Cuerpo legislativo, pues bastaba que el primer consul manifestase su voluntad con decision para destruir la constitucion y á cuantos hacian de ella tan mal uso, por lo cual temblaban todos los hombres de bien al ver semejante estado de cosas.

La discusion del código civil fué á aumentar estos temores, siendo difícil comprender, hoy que el tiempo ha hecho que se aprecie lo que vale ese código, cómo en aquella época se desencadenó contra él la critica. Los miembros de la oposicion manifestaron desde luego gran asombro al ver un

código tan sencillo y que tan poca novedad encerraba, soliendo decir: ¡con que no es mas que esto! en ese proyecto no hay ni una idea nueva, ni un solo pensamiento legislativo de importancia, peculiar á la sociedad francesa, y que pueda darle un carácter propio y estable; como que únicamente es una traduccion del derecho romano ó consuetudinario. Han cogido el Domato, el Pothier y las Institutas de Justiniano, han puesto en francés todo cuanto contienen, lo han dividido en artículos, han enlazado estos artículos por medio de números, en vez de hacerlo por medio de una deduccion lógica, y en seguida presentan esta compilacion como un monumento que Francia debe admirar y respetar! MM. Benjamin Constant, Chenier, Giuguené y Andrieux, dignos todos de emplear mejor su talento, se burlaban de los consejeros de estado, diciendo que eran unos procuradores gobernados por un soldado, y que se entretenían en hacer una compilacion vulgar, llamada código civil de Francia con tanto descaro como fatuidad.

Mr. Portalis, y los hombres de discernimiento que le habian ayudado en su obra, contestaban que en materia de legislacion, no era preciso ser originales, sino claros, esactos y terminantes; que no iba á constituirse una nueva sociedad, como sucedió á Licurgo ó á Moisés, sino á reformarse en algunos puntos y á reconstituirse en otros la sociedad antigua; que hacia diez siglos que existia el derecho francés; que era hijo á un mismo tiempo de la ciencia romana, el feudalismo, la monarquía y las ideas modernas, los cuales hacia muchos y muchos años que estaban obrando sobre las costumbres